PEPITO
Autor: Manolo Campa

¡Quién no conoce a Pepito! El es uno de los personajes favoritos de los "cuenta cuentos" para mayores. Las hazañas de Pepito han alcanzado una enorme popularidad en los pueblos de habla hispana.

Sus mejores historietas se desarrollan durante sus años escolares. Buen estudiante, despierto, inteligente, con una tremenda "chispa" que era admiración y envidia de los más talentosos piropeadores de esquina de barrio.

Al terminar en el colegio continuó en la Escuela Técnica aprendiendo un oficio o en la Universidad estudiando una carrera (lo que el lector prefiera). Allí estuvo los años necesarios… llenos de esfuerzos, fallos, nuevos intentos, logros al fin, alegrías, inquietudes, amores y tristezas superficiales. Años donde soñaba con los éxitos y las satisfacciones que alcanzaría en su oficio o en su profesión.

Pepito se graduó… En sus sueños de estudiante se veía siendo llamado inmediatamente por el presidente de una gran empresa para ser su consejero y hasta su posible sucesor. Pero en el mundo real, era un recién graduado sin experiencia, aprendiendo de sus propios errores y de la maestría de otros.

Cuando recibió su primer ascenso creyó merecer más, pero se contentó con lo alcanzado. Pepito (según su propia evaluación), la eminencia salida de las aulas universitarias o de los talleres de la Escuela Técnica, empezaba a conocer su verdadero valer. La capacidad y la experiencia aún no llegaban a la altura de sus pretensiones.

Pepito se casó… y como pasa cuando uno se casa, tuvo un hijo… y a los "Cuentos de Pepito" se agregaron los "Cuentos del hijo de Pepito".

Pasaba el tiempo y crecía su clientela. Ganaba más dinero. Crecía su cuenta en el banco y disminuían los ratos que pasaba con su familia… Más negocios, más trabajo, más prestigio, más éxitos. Pepito, el profesional, el maestro en su oficio, subía… pero no sentía aquella alegría que había soñado en sus días de estudiante o de aprendiz. Sin duda, había alcanzado el éxito anhelado, pero no la satisfacción que esperaba recibir.

Un día no fue a trabajar. Canceló todo lo que tenía que hacer… ese día lo iba a dedicar, mejor dicho, pensó que lo iba a perder con su familia: infló globos, armó automovilitos plásticos… ayudó a su esposa en cosas que necesitaban su ayuda.

Sintió la satisfacción de haber dedicados unas cuantas horas a conocer más a su niño… a compartir con su mujer, dialogando y laborando junto a ella en quehaceres hogareños.

En la presencia de su hijo ayudó al vecino a cambiar una goma sin aire… por primera vez habló con el hombre que vivía en la casa situada junto a la de él… por

primera vez intercambió algo más que un saludo: Se enteró de sus sencillos episodios. Dedicó parte de su valioso tiempo a servir sin recibir dinero en cambio.

Despreocupado de todo, descansó debajo de una mata disfrutando de la brisa, oyendo el trinar de los pájaros. ¡Perdió el tiempo maravillosamente! Y al final del día, se sentía alegre, despejado, satisfecho.

Dios le había hecho llegar Su mensaje. Haciéndole perder un día de trabajo, unas horas de labor, un poco de dinero, le había enseñado a invertir en felicidad y en paz. Desde entonces Pepito decidió no cambiar por monedas los momentos que pertenecen a sus seres queridos.

Descubrió que los servicios desinteresados reciben los mejores honorarios: satisfacción, alegría… y empezó a dedicar parte de su tiempo a servir también a los que no podían pagarle.

En aquel día, más que perdido, invertido tan estupendamente, Pepito encontró la felicidad que había soñado en sus días de estudiante.

EN SERIO:

Cuando se trabaja para conseguir lo necesario, se es feliz y se vive contento compartiendo lo que se tiene con los que viven a nuestro lado… se es uno de esos "bienaventurados" del Sermón de la Montaña.

Los que por el deseo de tener abarcan mucho, se amargan, no se pueden dar a los que aman y hasta llegan a enfermarse.

Tomemos de la creación y de las invenciones del hombre, solamente lo que necesitemos y seremos más felices teniendo más de nuestro tiempo para emplearlo en amar y servir.